

LOS FANTASMAS DE SAN BORJA

José Manuel Castillo

Antes de llegar a conocerla, yo ya practicaba el arte de desdoblarme en sueños, confieso que la primera vez que pude hacerlo no supe diferenciar si estaba soñando o estaba viviendo el momento, es bien sencillo realizar el arte, tienes que aprovechar la etapa de somnolencia, esta es una mudanza de la vigilia al sueño, la estrategia es perder el miedo, relajarte y comenzar a desprenderte hasta del último pelo que tengas, comenzarás por no sentir las piernas, luego los brazos y un pequeño calambre bajará como relámpago por tu espalda, al límite, poco a poco emergerás de tu propio cuerpo. Debes tener paciencia, esta sirve como recipiente para las actitudes, por eso es bueno cultivarla; en fin, mi hábito era vivir mientras dormía, tenía la costumbre de ir al bar que está en la veintinueve de Aviación, me sentaba al frente del barman y claro, él no podía verme, no dibujaba mi presencia en su barra, algo que me divertía mucho era ver lo que hacía ÉL a los vasos de los borrachos cuando nadie lo miraba y era lógico, las personas economizamos nuestros actos con las miradas de las demás personas, basta con intercambiar una fracción de segundo con los ojos de otro para que se vea afectado tu comportamiento.

El día que conocí a Sofía fue un día muy irónico, yo en espíritu terminaba de visitar el bar y decidí cambiar de ruta, caminé descalzo hacia el parque, y la primera vez que la vi Ella estaba sentada en una banca de ese parque, me pareció muy extraño ver a una chica tan agraciada, sola y a las tres de la mañana en el parque, mis ojos con velocidad se encantaron en ella, no dejaba de mirarla conchudamente, ya que tenía todo lo que a un chico de diecinueve

años le puede gustar: delgada, nariz perfilada, pechos, buena figura y un cabello tan castaño que hacía juego con el morado de la noche. Todo en ese momento estaba bien, hasta que sus ojos buscaron los míos y cuando los encontró no dudé en soltar un sonoro ¡CARAJOS! Ella se rio mucho y se empezó a agarrar la cabeza con la mano izquierda, yo en ese momento no sabía qué diablos pasaba y lo primero que se me vino a la mente era que ella también podía hacer lo mismo que yo. Recuperé la calma muy rápido y me presenté. Ella continuó y empezamos a dispararnos mutuamente muchas preguntas, traté de ser lo más jocoso posible para no aburrirla y funcionó; le pregunté dónde vivía, pero siempre se negaba a contestarme. La noche terminó y ambos quedamos en que volveríamos a encontrarnos de nuevo en el mismo parque.

Las noches pasaron y éramos un poco más que aire corriendo bajo el morado desordenado del cielo; ambos estábamos seguros de que no era un sueño y lo vivíamos, corríamos por todos lados, nos deteníamos en medio de la pista y esperábamos a que un carro nos traspase, entrábamos a las casas y nos burlábamos de la forma como dormían las demás personas, siempre buscábamos el árbol más extravagante del parque y nos tirábamos al gras a conocernos más. A mí me encantaba vivir así, hacía lo que tenía que hacer mientras estaba despierto y en la noche dormía e iba a buscarla al parque, siempre a la misma hora, empecé a sacrificar mis fines de semana para ir a correr con ella como unos lunáticos por San Borja, a raíz de esto mis amigos comenzaron a preguntarme el porqué de mi aislamiento y yo siempre tiraba una mentira ridícula para encubrirme, era lo lógico.

Una mañana cualquiera me atreví a ir al parque en espíritu, pensé no encontrarla, pero cuando la vi sentada en el parque tocando una mariposa, bailó una sonrisa en mis labios, llegué a la banca donde ella estaba, Sofía soltó esta frase: «A las mariposas solo las tocas con el espíritu, es la única forma de no lastimarlas», no le di mucha importancia a lo que dijo, no me quiso decir el motivo por el cual Ella estaba a esa hora en el parque, me dijo que asistía al parque en espíritu solo a tocar mariposas. Después de ese momento mi vida cambió más, empecé a ingerir pastillas para dormir, dos diarias, para poder encontrarme con ella en el día. Mi estilo de vida

cambio, dormía la mayor parte del día y llegué a tener problemas con mis padres, comencé a faltar a la universidad, llegué al extremo de quedarme dormido en un matrimonio, alquilar un cuarto de hotel solo para dormir en el día sin que nadie me interrumpa, todo para ir a hacer tonterías al parque, todo para ser un fantasma al lado de Ella.

Recuerdo el día en el que todo se fue a la mierda, una mañana, yo le insistí tanto para ir a su casa y para lograr mi objetivo utilicé todos los métodos que un hombre normal usaría: decirle cosas de la mejor manera, decirle metáforas, chistes, tejer mentiras actuando como resentido y hacerle entender que yo quería algo más. Ella me entendió y caminamos de la mano hasta la avenida Guardia Civil, yo estaba demasiado contento, emocionado, sentía mariposas en el estómago y tenía la sensación de que se iban a escapar por mi boca, Ella hizo que entre a una clínica, yo pensé que íbamos a cortar camino por las paredes de esta, sin embargo fuimos al cuarto 20, que está en el segundo piso. Al traspasar las paredes del cuarto sentí cómo se detuvo toda mi felicidad, ya que había llegado al lugar donde dormía Sofía, Ella estaba tendida en una cama, en estado de coma y tenía varios tubos conectados en su cuerpo. En ese momento empecé a comprender tantas cosas, yo trataba de llorar pero no podía, era aire, al igual que Sofía, quien estaba dividida en cuerpo y alma a mi alrededor, me acerqué y rosé su mejilla con mi alma, porque solo así se tocan a las mariposas para no lastimarlas.

Ya hace más de un mes que desconectaron a Sofía y no la he vuelto a ver. Apenas termine de escribir estas líneas, hoy saldré a buscarla. Yo he planeado tomar estas 64 pastillas que están a mi lado, si tú eres el primero que lee esto, tal vez encuentres mi cuerpo tendido en el piso de mi dormitorio; y finalmente, en caso no la encuentre, probablemente te esté viendo cómo terminas esta hoja, es que tienes que comprender que algunos amores se viven en el día, otros en la noche, pero otros se viven más mientras duermes.

LIBRE DE CONCIENCIA

Adriana Tuesta Martínez

La cena transcurre en un silencio ensordecedor. El padre lee el periódico, la madre come con la mirada sumida en el plato y Mariel está concentrada en la nada. El sonido del Blackberry rompe con la monotonía de la escena.

—¿Aló?... Cenando... Pero ya comí... Bueno, como quieras, chau.

—¿Quién era? —pregunta la madre en tono controlador.

—Paúl.

—¿Paulito? ¿Y qué quería? —su tono cambia.

—Hablar.

—¿De qué?

—No sé.

—No habrás hecho nada malo, ¿no? Paúl es buen chico, ¿no, Federico?

—Su familia es dueña de una cadena de hoteles —responde el padre sin dejar de leer.

—Sí... Me retiro.

—Te quiero de regreso antes de la una, ¿entendido?

—Sí, padre.

—Muy bien... Ve con cuidado, puede haber gente loca que ande suelta.

—Mándale saludos a Paulito de nuestra parte.

Mariel coge su abrigo de gamuza color café del espaldar de la silla y sale de la casa.